

# Carta Pastoral de Cuaresma

*NUESTROS GRANDES*

*VALORES CRISTIANOS:*

EL SENTIDO DE DIOS.

LA SABIDURIA

LA ORACION

LA CRUZ

LA EUCARISTIA

EL PAPA

F. FRANCISCO VALDES S.  
Obispo de Osorno

POR UNA PASTORAL RESPONSABLE  
DE LOS GRANDES VALORES  
CRISTIANOS

CARTA PASTORAL DE CUARESMA

— 1973 —

*"LA IGLESIA ES EN CRISTO COMO  
UN SACRAMENTO O SEÑAL E INS-  
TRUMENTO DE LA INTIMA UNION  
DE LOS HOMBRES CON DIOS." (L. G.)*

**INTRODUCCION.**

Los ciudadanos de una democracia que buscan afanosamente en la política sus caminos, se van caracterizando más y más por una mentalidad analítica, crítica y discursiva. El juego, o mejor dicho la lucha de las ideologías a través de los partidos por alcanzar el poder, inclina a cifrar todas las expectativas del porvenir nacional en el triunfo político, con sus ineludibles consecuencias de sectarismo y carga pasional. La enfatización de los valores políticos va absorbiendo al hombre hasta la prescindencia inconsciente de otros factores no menos importantes en la evolución histórica, como ser la estabilidad familiar, el valor del trabajo, la moral, la finalidad última de la vida, el Evangelio. Una sociedad de vocación y tradición cristiana como la nuestra, no puede dejar de considerar estos valores como fundamentales para toda democracia, so pena de prostituirla. La política no es un fin sino un medio; pero en la práctica adquiere carácter de fin, cuando eclipsa los grandes valores cristianos.

Esta mentalidad fácilmente invade los ambientes de la Iglesia, no sólo en su legítima preocupación por los problemas del mundo, sino además en su configuración pastoral, en sus actividades apostólicas. Para muchos, incluso responsables de pastoral, la Iglesia ha de buscar el cumplimiento de su misión en un esfuerzo de investigación, planificación y actividad fundadas en la capacidad del ingenio humano y en factores de orden práctico que agotan todas sus perspectivas.

Sin embargo, a la luz de la fe, la Iglesia tiene por alma al Espíritu Santo. Su esencia, y lo mismo sus caminos, sus métodos, su proceder, su "política", no coinciden necesariamente con la "sabiduría de este mundo". Ella es el misterio del Reino de Dios incoado en el tiempo. En los designios de Dios los hombres sólo somos instrumentos, cuyo valor no se cifra en la capacidad personal cuanto en la adhesión al Agente principal, a sus designios, a su voluntad. "Lo que es necio para el mundo eligió Dios para confundir a los soberbios, y lo que para el mundo es débil eligió Dios para avergonzar a los fuertes". (L. Cor. 1).

De aquí que la EFICACIA como criterio de acción, de estrategia, de influencia social, de predominio ideológico, si se busca mediante los medios humanos, el ingenio de carácter político, la superación de los adversarios, no significa ciertamente eficacia salvífica, que es propiedad exclusiva de la Iglesia como Cuerpo de Cristo. Destituída de su Espíritu sobrenatural, divino, misterioso, puede desvirtuarse y hasta disolverse por falta de cohesión interna. El Espíritu Santo no obra así en la Iglesia. La Sabiduría es la única luz que permite al ser humano entrar en los designios de Dios. "Mi Padre, dice Jesús, obra siempre, y yo sigo obrando también". El Reino de Dios avanza cuando los cristianos sincronizan con El su acción". (P. Hurtado).

## HOY COMO NUNCA HACE FALTA LA SABIDURIA

*"¿QUIEN CONOCIO TUS CONSEJOS,  
SEÑOR, SI NO LE DISTE SABIDURIA  
ENVIANDO DE LO ALTO TU ESPIRITU  
SANTO?" (Sab. 9,18).*

Cada tiempo tiene sus avances y sus retrocesos humanos. Nadie se atreverá a asegurar que la Iglesia adelanta, retrocede, o está estacionaria. Los síntomas son desconcertantes. Pertenecen a los valores imponderables. Sólo la historia secular verá el resultado.

Es propio, sin embargo, del pastor vigilante y de quienes no recibieron en vano su carisma profético de cristianos, descifrar los signos de los tiempos con el criterio de la Verdad, y de percibir las grandes necesidades de cada época, para abocarse a remediarlas.

Hace más o menos cuarenta años se hizo sentir fuertemente en Chile el llamado de Dios en la necesidad del mundo de los pobres, de las masas abandonadas, urgidas de justicia social, promoción y liberación. Este llamado, resistido al principio, llegó a abarcar por fin todos los sectores vivos de la Iglesia de Chile, que se empeñó hasta desplazar, practicamente, sus mejores energías al servicio de la causa social. Tenía que ser así, por la urgencia de las circunstancias. Hoy, teóricamente, esta causa en la Iglesia está ganada.

Pero al detectar hoy la voz de los tiempos "(vox temporis vox Dei)", no puede dejar de sintonizarse otro clamor fuerte y urgente, por un peligro mucho mayor que aquél. Se pierde hoy EL SENTIDO DE DIOS. Se pierde el discernimiento en la confusión de las ideas. Se pierde la SABIDURIA.

"El ateísmo en sus diversas expresiones, el secularismo, es decir, la exclusión de toda referencia religiosa de la experiencia vital del hombre y de la sociedad; la negación intencional y practicamente radical del nombre de Dios en las manifestaciones de la cultura y de la concepción científica del

minar, fortalecer, enriquecer y esclarecer el SENTIDO DE DIOS con la MENTALIDAD DE CRISTO, Sabiduría encarnada.

"Manda, Señor, tu sabiduría desde el cielo, envíala desde el trono de tu gloria, para que me asista en mis trabajos y sepa yo lo que te es grato. Porque ella conoce todas las cosas y me conducirá prudentemente en mis obras, y me guardará en su esplendor". (Sab. 9,10).

## LO PRIMERO NUESTRA RELACION CON DIOS.

*"ES PRECISO ORAR EN TODO TIEMPO Y NO DESFALLECER"*. (Luc. 18,1).

Nadie puede dudar que la oración es el índice de la vida espiritual del cristiano. Prácticamente es sólo mediante la oración que tiene lugar la relación con Dios y el desarrollo de la persona hacia "la edad de la plenitud de Cristo", que es la santidad, meta de todo cristiano. Lo que se dice, respecto de la perfección espiritual de la persona, se dice igualmente de la comunidad cristiana; la oración, por ser el encuentro con Dios, es la base de su vitalidad y de su dinamismo espiritual.

Si la oración es esencial para el cristiano, por ser la forma práctica de cumplir el Primer Mandamiento, el "mayor de todos"; si la oración manifiesta el grado de habitación y posesión del Espíritu Santo en una alma y en una comunidad de Iglesia; si la oración es la principal forma de educación de la fe y el principal estímulo para desarrollar la vida divina que es la Gracia de Cristo operante; si la oración es la respiración que mantiene y vigoriza la vida sobrenatural que es participación en la vida trinitaria, entonces es natural que toda disminución de la oración perjudica al cristiano y a la Iglesia en su vida íntima, en su estructura interna, en su imagen externa que es proyección del alma y en el cumplimiento de su misión apostólica.

El naturalismo ha penetrado muy hondo en la Iglesia de hoy, por contagio del ambiente: hijos de nuestro siglo. Es corriente entre cristianos juzgar con ligereza inexcusable del factor oración en Pastoral, en labor apostólica, en dirección espiritual (si es que la hay). Se la minimiza como factor secundario, superado por el desarrollo de la personalidad y los avances científicos, técnicos y culturales. Se la califica implícita o explícitamente como recurso de cristianos incapaces de compromisos, como expresión de alienación o de pietismo devocionismo.... Se prefiere valorar la inteligencia, la estra-

mundo y de la experiencia humana, caracterizan la historia y la civilización de nuestro tiempo.

"El hombre moderno, se dice, es alérgico a la religión. No es apto para pensar, para buscar, para rezar a Dios. Es indiferente, es espiritualmente insensible. En el fondo hay aún una objeción más grave que actúa tacitamente pero con fuerza: nosotros, hombres y mujeres de hoy, no tenemos necesidad de Dios. La religión es inútil, no sirve para nada. Más aún, constituye un freno, un estorbo, un problema superfluo y paralizador.

"El hombre de hoy se siente liberado de las ideologías teológicas, míticas, pietísticas. Está convencido de poder lograr una liberación superior; ha apagado la lámpara de la religión. Mejor la oscuridad de la incredulidad, dice, que el engaño de las especulaciones supersticiosas. Porque el espíritu de la gente de hoy está saturado de conocimientos concretos, empíricos y científicos, y está completamente comprometido en el dominio de las cosas útiles y fútiles, como por ejemplo las diversiones.

"Se diría que al hombre de hoy no le falta nada. El mundo de la economía y del placer, el mundo experimental y sensible, el mundo de las auténticas realidades tangibles le basta, y no tiene necesidad ni ganas de buscar en la esfera de lo invisible, de lo trascendente, del misterio, el completo y la plenitud del vacío interior, que, dicen, ya no existe." (Paulo VI, 17.1.73).

Al comprobar la realidad de estos síntomas cabe preguntarse: ¿qué sentido tiene hoy nuestra misión apostólica y pastoral? Si el mundo marcha irreversiblemente en esta dirección, ¿deberemos llegar a convencernos que es inútil bogar contra la corriente? Ante tales "signos de los tiempos" ¿no tendrán razón los hijos del mundo enfocados por Paulo VI? ¿No podrán los hombres solos resolver el problema del hombre?

He aquí el verdadero centro vital que se hace preciso restaurar en esta época de renovación conciliar, y esta restauración es urgente, requiere dedicación. Nuestro SERVICIO

DE IGLESIA es, ciertamente un "obsequio racional", porque tiene por fundamento el mensaje y la persona de Jesucristo. Pero sobre este fundamento hay que edificar con sabiduría. Ahora bien, tanto la fe como la sabiduría son un don de Dios. Todo es gracia. "Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los que la custodian." (Salmó 126). El verdadero apóstol, por la sabiduría, está plenamente convencido de la veracidad del salmista en esta expresión, y acierta a sincronizar su labor con la acción de Dios. De El son los tiempos.

¿No se habrá agostado en cierta proporción nuestro SENTIDO DE DIOS por el contagio ambiental en un mundo sofisticado por el pragmatismo miope y cerrado? ¿Será Dios para nosotros un Dios vivo, celoso, amante, que nos trasciende y nos penetra? ¿Será El nuestro supremo IDEAL que atraiga permanentemente nuestro enfoque, que informe nuestras potencias para considerarnos suyos en cada momento, para vibrar de alegría con su presencia liberadora y subyugante? ¿Penetrará su Palabra nuestro espíritu, su amistad llegará a ser todo nuestro encanto, superará su amor todo sentido y toda aspiración?

RESPONSABLES de pastoral, consagrados o dedicados a El, corremos el riesgo de ser ineficaces, inútiles en aquello que la Sabiduría Encarnada llamó "lo único necesario", hablando a Marta de Betania. Ya el Salmista había advertido el significado de la Sabiduría: "Miró el Señor desde el cielo a los hijos de los hombres, por ver si hubiese alguno inteligente que BUSCASE A DIOS. Todos se han vuelto INÚTILES. No hay quien haga el bien, ni siquiera uno solo. (Salmó 13).

Los síntomas de la sociedad que nos rodea denotan cierta parálisis espiritual, mal de fondo, que amenaza contagiar a aquellos sectores de la Iglesia que pretenden asimilarse a ella en su manera de pensar, de hablar y de vivir. Percibir el peligro, dar el ALERTA, es deber del pastor y de quienes sienten responsabilidad pastoral. Toda una labor tendrá que empeñarse, partiendo desde el interior del corazón, para ilu-

tegia, los "argumentos de humana sabiduría". Sin embargo, está a la vista que sólo aquellos que en la oración "beben con alegría de las fuentes del Salvador", reflejan "el espíritu y el poder de Dios", vencen al mal, se libran de ilusiones, aseguran la verdadera fe, difunden el amor, edifican la ciudad de Dios.

La disminución de la vida de oración es hoy notoria en Chile. Tal vez pasa lo mismo en otros países, lo que no es disculpa para nadie. Muchos espiritualmente inquietos se disilusionan hoy de los cristianos "modernos" y vacíos espiritualmente, y van en busca de otras religiones, como ser las orientales, o de pseudo-místicas. Pero de hecho, la oración ya no encuentra lugar en la vida. El homo sapiens no puede permanecer con el espíritu vacío.

En el hogar, en familia, no se reza más. En el templo ya no se adora. Algunos pretenden que en él se discute como en un parlamento. Ante la Eucaristía ya no se dobla la rodilla, ya no se conversa con el Divino Huésped presente. La vida monástica y cualquier forma de vida y de oración contemplativa está fuera de las metas pastorales corrientes. Si se compara la Iglesia de hoy con la Iglesia primitiva, se echa de ver pronto la falta de espíritu sobrenatural, producto exclusivo de la oración permanente ordenada por el Maestro. Por ella El está siempre presente en el alma, y también allí "donde dos o más están unidos en su Nombre".

El monaquismo surgió como respuesta al llamado a la unión íntima con Dios, y sus frutos pertenecen al imponderable divino que enriquece la Iglesia en su interior, y la hace apta para extenderse y crecer en profundidad y en extensión. Pero en Chile no hay monjes.... No hay esos lugares de oración permanente que son los monasterios.

"La oración une a Dios, sostiene al mundo, embellece las almas, borra las fallas, guarda de las tentaciones, defiende en la lucha. Ella consueta en las penas, es madre de las lágrimas fecundas, de las lágrimas de amor, después de haber hecho nacer las lágrimas del arrepentimiento. Ella ilumina las alegrías espirituales y las actividades que a ella conducen.

Las virtudes perfectas, las gracias superiores, las delicias de los corazones transformados y unidos, las luces profundas, las seguridades tranquilas, las esperanzas firmes, los grandes progresos de las almas y las grandes intervenciones divinas **DEPENDEN DE LA ORACION.** (S. Juan Climaco).

Si la comunidad cristiana, una parroquia, una diócesis, no vigoriza su espíritu de oración mediante una acción pastoral promovida en tal sentido, con jornadas, semanas, retiros de oración, en busca de Dios **COMO EL CIERVO SEDIENTO QUE BUSCA LAS AGUAS**, no se renovará en espíritu. Ella permanecerá estacionaria, quedará estéril en frutos de vida eterna, ante la expectación frustrada de un pueblo que no quiere y no puede esperar de ella solución a sus problemas temporales, sino iluminación acerca del **SENTIDO Y LA RAZON DE LA VIDA.** Esto es ciertamente más urgente y necesario hoy que el bienestar social, imposible de lograr sin la claridad de un destino trascendente. Basta observar el malestar creciente de las sociedades superdesarrolladas, hastiadas con el consumo y el confort, ansiosas de lo que ignoran, hasta drogarse para no desesperarse.

"Nos hiciste, Señor, para tí, e inquieto estará mi corazón mientras no descanse en tí", repetía San Agustín. Pero esta aspiración necesita renovarse hoy en cada corazón cristiano para comunicar la vida verdadera, para superar el vacío que seca y entumece a nuestra generación.

## INSERCIÓN DEL CRISTIANO EN EL MISTERIO DE LA CRUZ.

*"LEJOS DE MI GLORIARME SINO EN LA CRUZ DE NUESTRO SEÑOR JESU-CRISTO, POR EL CUAL EL MUNDO ESTA CRUCIFICADO PARA MI, Y YO PARA EL MUNDO" (Gal. 6,11).*

Es sentencia común medir el progreso de la comunidad por la "liberación". Disminuir los esfuerzos, suprimir los sacrificios, sacudir la obediencia, evitar la humillación, el sufrimiento, es la meta buscada por el hombre moderno. Hacia ella van esperanzados los mejores esfuerzos de la técnica: aumentar el bienestar, ofrecer el confort, el agrado de vivir, la felicidad para todo. En ello se cifra la felicidad. Basta recordar que somos hijos de la civilización del consumo, sin querer mirar la triste sécueta de desquites surgidos de la reacción inconsciente del espíritu siempre inquieto, y de la naturaleza resentida por la violación de sus leyes.

Parece corresponder obviamente a la naturaleza, que el género humano busque tales metas. En la línea de la creación no podría objetarse esta legitimidad. Sin embargo los hijos de Dios, iluminados por la fe, no podrán ignorar que todo el género humano quedó sometido, por el pecado, a la ley que la servidumbre que lo priva de la felicidad, siendo esta la causa y raíz de toda servidumbre, ley que requiere permanentemente expiación. La doctrina de la inserción en el misterio de la cruz de Cristo pertenece a la médula del Evangelio. San Pablo la formula permanentemente en sus escritos, todos los padres de la Iglesia, el Magisterio y los teólogos dan testimonio de ella. Por eso, cuando se pierde el sentido de la cruz se comprende que el cristiano llega a carecer de eficacia, se desvirtúa, colocándose al nivel de cualquiera ideología.

Se diría que nuestra generación cristiana está a punto de perder el sentido de la cruz, que significa: sufrimiento

aceptado por el amor y con amor, mortificación voluntaria, penitencia interior y exterior. Añádase a esta incorporación al Cuerpo sufriente de Cristo, la necesidad permanente de purificación del sentido y del espíritu, el impulso a reparar y satisfacer solidariamente con Jesús por la iniquidad humana, y surgirá como espontánea para el cristiano consciente y responsable la necesidad, el valor, la seguridad de asociarse a la cruz, misterio en el cual ha encontrado el secreto de la fuerza liberadora.

San Pablo hace de este misterio el centro de su vida espiritual, y se comprende. Para él la Iglesia es el misterio del Cuerpo de Cristo; su alma es el Espíritu Santo, que es Amor. Pero todo amor sin la prueba y la garantía del sufrimiento carece de valor. De modo que la cruz resulta inseparable e indispensable para el cristiano, para la Iglesia, configurada con Cristo para cumplir en el tiempo y en el espacio del mundo una misma misión redentora, liberadora. Vivir cristianamente significa, por tanto, compartir a diario la Cruz del Señor, vivirla conscientemente, valorarla en todos sus aspectos. Una Iglesia en la cual los cristianos temen, desprecian o menosprecian la cruz, y huyen de ella sin estimarla como prueba de la autenticidad exigida por el amor, ha perdido su vigor redentor. Estos cristianos no se distinguen de los hijos de las tinieblas, privan a la Iglesia de la principal fuente de su eficacia salvadora. Convendría recordar aquí todos los textos del Evangelio y de San Pablo referente al misterio de la cruz. El apóstol llega a asegurar que el sufrimiento es una gracia, un favor.

A todo esto se añade el testimonio de la vida misma de la Iglesia. Todo aumento de la vitalidad cristiana anduvo íntimamente unido al esfuerzo por no rehuir, sino aceptar el sufrimiento. Los grandes promotores de la fe y de la caridad de la Iglesia, los santos, manifiestan sin excepción y en grado superlativo la ciencia de la cruz, fuente de su vigor inagotable.

"Tendríamos que hacernos repetir constantemente que toda pérdida es una ganancia; que cada vacío es una posi-

bilidad de nueva y mayor plenitud; que toda soledad propicia la ocasión de encontrar al Gran Amigo; que es hora de liberarnos de toda ilusión para vivir en cambio la realidad del verdadero camino del cristiano, que es el REGIO CAMINO DE LA CRUZ DE CRISTO." (Chiara Lubich).

No es el que más brilla humanamente, ni el que más trabaja exteriormente, ni el que más habla, sino simplemente el que más ama, quien abre más profundamente los surcos del Nuevo Reino. Este tal estará crucificado interior o exteriormente con diversa clase de sufrimientos. Su secreto será ofrecernos conscientemente dilatando su generosidad, en este sector del espíritu que la Biblia llama el "corazón". Porque el cristiano por la sabiduría sabe que "solo el amor cuenta", y que amar es sufrir, dos caras de la misma medalla.

El amor del Redentor, iluminado por la Visión Beatífica, fuente y modelo de todo verdadero amor, debió ofrecerse a la Pasión, a la muerte en la cruz, al abandono y pérdida misma de Dios ("¡Dios mío, por qué me has abandonado!"), con el fin de obtener para el hombre la capacidad de amar "como El", y además, para conquistarlo manifestando el sumum del amor. Es inútil pretender sustraerse: el llamado del Evangelio a la vida cristiana, es llamado a "tomar la cruz de cada día para ir en pos de Cristo", es decir, amando siempre. Si no se enseña esta ciencia, si no se aprende a sufrir con amor, a morir cada día renunciando a todas las cosas (incluso a las propias ideas, que es lo que más cuesta), podría preguntarse ¿qué aprendemos, y qué enseñamos del Evangelio...?

Amar cuando se tiene contradicción, cuando se sufre incompreensión, cuando al cansancio se suma el hastío, cuando no resultan los propios planes, cuando se fracasa a pesar de las mejores intenciones, cuando la enfermedad reduce, a la inacción: es la ciencia y el arte de Cristo. Si no se aprende esto no se ha comenzado a hacer algo por su Reino. Más aún, si no se ha aprendido a amar a los adversarios, a los enemigos, a los antiéticos, a los perversos, a los ofensores con amor de voluntad eficaz de hacerles el bien, no se ha penetrado en la médula del cristianismo.

Cabe preguntarnos ¿cómo se presenta al respecto el panorama de la convivencia en Chile hoy? ¿Sería aceptada esta doctrina en estos momentos en que "amar" ha perdido todo sentido, tal como el Maestro lo anunció: "porque abundará la iniquidad se enfriará la caridad"? (Mat. 24,12). ¿Qué mística presentan los cristianos en la contienda por el futuro de Chile? Porque la mística cristiana es la mística de la cruz, con la cual únicamente puede observarse el MANDAMIENTO NUEVO, del cual depende el porvenir de la sociedad.

Mientras los hijos de este mundo se arman para matar, porque solo así conciben su victoria; mientras descubren nuevas místicas para superarse y superar a los demás, para seducir y hacer prosélitos, los cristianos nos vamos sintiendo desprovistos de mística, nos aferramos a principios secundarios, a veces legítimos, pero inoperantes, y llegamos a comprobar fácilmente nuestra inferioridad, porque... "los hijos de las tinieblas son más sagaces en su negocios que los hijos de la luz..." Olvidamos tan fácilmente que sólo buscando el "reino que no es de este mundo" y muriendo cada día por él, avanzará el Reino de verdad, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz que es el Reino de Dios. Pero sólo hay un camino: el de la cruz.

Hoy hay temor de hablar de este misterio central de nuestra fe. Se lo teme porque se piensa en la tristeza que se asocia a la cruz, error de concepto. Nada producirá mayor alegría que ofrecer el propio sufrimiento. Y se la teme porque no se cree en su eficacia y se la concibe como pérdida. Así como era "locura para los gentiles y escándalo para los judíos". Se prefiere hablar de Jesús Resucitado, sin pasar por la cruz. Y esto a pesar de abominar del triunfalismo en la Iglesia, pero se la quiere al fin, sin cruz ni sufrimiento. Iglesia triunfante, sin penitencia, sin humillación, personal, sin renuncia a las seducciones del mundo. Además, naturalmente, la cruz... no es nada práctica.

Sin embargo, nadie nunca logrará suprimir el sufrimiento de la humanidad. O se le acepta por amor, o se lo rechaza ciega e inútilmente. Ningún sistema ha logrado superarlo.



Sólo el Redentor entregó la llave del enigma para convertir el dolor en amor, la cruz en luz, toda pena en alegría. El apóstol Pablo pudo experimentarlo:

“Me alegro de mis padecimientos por vosotros, pues cumplo lo que falta a la Pasión de Cristo, en mi carne, por su cuerpo que es la Iglesia”. (Col. 1,24).

“TANTUM ERGO SACRAMENTUM  
VENEREMUR CERNUI...”

(Santo Tomás).

## LA EUCARISTIA.

Ante el auge bíblico pastoral ciertamente positivo, y ante la evolución litúrgica preocupada por promover la PARTICIPACION ACTIVA en la celebración de la asamblea, no pocos aspectos de la eucaristía han sufrido menoscabo. Podría observarse, en primer lugar, que el sentido comunitario se ha tomado como punto de partida para una pastoral eucarística, como si la dimensión horizontal prevaleciese en ella a la vertical; como si el encuentro con los hombres fuese de mayor valor que el encuentro con Dios; como si el segundo mandamiento fuese superior al primero. Como si todo el mal por remediar proviniese de la división entre los hombres y no de la división entre el hombre y Dios, lo que constituye el primer pecado, la causa fundamental de todos los demás males.

Se puede observar a simple vista que hoy se confulga sin preocupación de conciencia, sin “examinarse a sí mismo”. Lo importante es participar a un rito colectivo que estimula la comunidad, se diría “sin discernimiento del Cuerpo del Señor”, para usar la palabra de San Pablo. Por eso no se habla de preparación personal, ni de acción de gracias. Se evita la adoración y los signos que le son connaturales, como la genuflexión. No se visita al Santísimo, ni se le rinde culto, como asunto “superado”. Ya pasó el tiempo de escandalizarse ante el panorama del Santísimo abandonado en un cajón en el rincón de la Iglesia o de la sacristía. Hasta se diría que según la “nueva teología” este es también signo de los tiempos....

Ciertamente que lo que hoy preocupa es el hombre. Y que la Eucaristía es para el hombre. Pero, en cuanto es Eucaristía, en tanto que se la valoriza como Eucaristía, en cuanto es el encuentro personal con el Dios Redentor, encuentro anunciado por El: “El que me come a mí vivirá por mí”. Encuentro que confiere a la Eucaristía todo su alcance y su

eficacia, del cual asegura Teresa de Jesús que basta una comunión para hacer un santo, punto de partida para toda vida y misión cristiana apostólica y pastoral.

Da la impresión que la recepción de la comunión ha pasado a ser, para el cristianismo moderno, un acto de orden natural, fraternal, simbólico, ritual, en el cual ha sido supe- rado el sentido del misterio divino de la compenetración del hombre con su Dios, Espíritu de amor transcendente e infinito. Lo cierto es, en cambio, que es este contacto que viene a realizar la "participación en la naturaleza divina" en forma eminente, al decir de San Pedro (Pedro II, 1,4), y que es la fuente de la inmortalidad: "Quien come mi cuerpo tiene vida eterna". Todo lo cual deja de ser una realidad sobrenatural si se percibe solo materialmente el Cuerpo del Señor

Hay ciertos matices de una pastoral en boga que preten- de obtener frutos prácticos en breve plazo, está empeñada en dar al hombre su dimensión comunitaria perdida en el largo período del individualismo, y le quiere impulsar al servicio del hombre, al compromiso con sus intereses inmediatos, pero se salta lo esencial, el encuentro del hombre con Dios, al cual hace referencia con tanta insistencia el discurso de Jesús en Cafarnaum (S. Juan Cap. VI). Sin esta consideración que requiere el esfuerzo de la fe, de la humildad y de la adhe- sión, la recepción de la Eucaristía es como siembra en mala tierra. Ni se podrá esperar que una Eucaristía "naturalizada" asegure mayor entrega al servicio del prójimo. El espíritu de la Reforma Litúrgica no es otro sino despertar una nueva vida mediante la percepción del misterio de Cristo escondido por los siglos en Dios. Quedarse en la novedad de las fórmu- las, y contentarse con la simplificación para tener menos trabajo y gastar menos tiempo, es colaborar en la seculari- zación de la Eucaristía. Sólo cuando se busca a Dios se en- cuentra a Dios. Instrumentalizar la Eucaristía para fines apostólicos es mudar los designios de Dios: "Buscad primero el Reino de Dios y su justicia...."

Visiblemente la "ley del péndulo" también ha llevado en su vaivén a muchos cristianos poco anclados en las profun-

didades, fáciles de mover por los vientos de las opiniones. En efecto, a la piedad individualista, egocéntrica, de pura piedad interior independiente e irresponsable por "los demás", sucedió la natural reacción de comunitarismo a utrance, rra- yano en colectivismo, como aparece en ciertas demostracio- nes hiperlitúrgicas.

El verdadero cristianismo trae consigo el equilibrio per- fecto, realizado en el amor. La Eucaristía es el amor de Cristo llevado "hasta el fin". Quien lo percibe a la luz de la fe no puede sustraerse a su influjo, a su atracción, a su ve- neración. No por nada la Iglesia hace de este misterio el centro de su vida y de su acción. Dejar de venerar la Eucar- istía equivale a cristianismo superficial, ligereza, atolondra- miento, endurecimiento, "signos de tiempos malos". Si no hay adoradores tampoco habrá apóstoles. Ni habrá amor al pró- jimo donde no hay amor a Cristo: "sin mí nada podéis hacer".

En nuestra infancia, en tiempos de nuestros antepasados —ciertamente tiempos no perfectos—, la Eucaristía inspiró lo más alto y noble de la humanidad, el valor, la generosidad, la entrega, como inspiró al genio del arte y la literatura que difundieron la fe con los frutos del cristianismo entre los cuales está nuestra vocación personal al ministerio apostólico, sacerdotal y misionero. Pues bien, nos corresponde a nosotros restaurarlo, haciéndolo nuestro, ante el peligro del secularis- mo destructor que invade los ambientes. Nos corresponde ve- nerar la Eucaristía y difundir su transcendental y preemi- nente valor, haciendo de ella el centro vital, restaurador y dinámico de nuestra existencia personal y de nuestra activi- dad pastoral. No podemos dudar que la Eucaristía será la mejor fuente de vocaciones al apostolado, al ministerio sa- cerdotal, a la vida religiosa.

Dependerá de nosotros y no del mundo que nos rodea, que la Iglesia vibre con nueva vitalidad al contacto con Cristo vivo en este Misterio de la fe, en este sacramento de su Amor, ante esta renovación de su Pasión, banquete de felicidad divina, alimento de los fuertes, prenda de la futura gloria.

## PEDRO SIGNO E INSTRUMENTO DE UNIDAD.

Las líneas del desarrollo humano por sí solas no coinciden con su liberación ni su felicidad. Sin la dimensión del espíritu que proviene de la luz de la fe y de la fuerza de la gracia, aún el desarrollo más pujante de la potencialidad humana dará margen a las rivalidades, las separaciones, las guerras destructoras con sus desastres. Sobrevendrán el miedo, la inseguridad, la desilusión.

Sin embargo hay muchos cristianos ilusionados por el desarrollo indefinido, tan incierto como es, mientras se desilusionan de la Iglesia, hasta de Cristo, al igual que sus ciegos coetáneos. Hay muchos que esperan líderes humanos, sistemas nuevos que traigan mejores tiempos, un paraíso a la tierra....

Ni el Magisterio de la Iglesia, ni su jerarquía, mucho menos el Papa son considerados hoy, e incluso entre católicos, como garantía de acierto. "No están al día", no atraen a las masas, no merecen adhesión. Nunca el hombre talvez había tenido tanto sentido de autonomía como hoy lo tiene, para criticar, para sacudir con tanta facilidad de su conciencia toda autoridad, lo mismo que todo sentido de ley moral.

Pero es, sobre todo, la figura, la persona del Papa la que ha venido a ser "piedra de escándalo". Ha caído en desestíma, desafecto. Se dice que no es atrayente, que no es simpático, que carece de dotes de líder. Y se esgrime sin escrúpulo el argumento del silencio, como asunto superado. Se le suprime al menos bajo la excusa de asimilarse a los cristianos no católicos, en un falso irenismo y un complejo sentido de ecumenismo infecundo.

Esta realidad está a la vista y constituye una de las grandes debilidades del cristianismo de nuestros días, debilidad que no libera de culpa a quien no reacciona recapacitando acerca de su responsabilidad de cristiano en el mundo de hoy.

En el misterio del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, como tan claramente lo expresa la Constitución *Lumen Genitum* del Vaticano II, fue el Divino Fundador quien quiso expresamente insertar en ella el misterio de su cabeza visible, así

como visible es la Iglesia. Y no podía ser de otra manera. El testimonio del Evangelio no puede ser más expreso.

Entre los apóstoles había uno que recibió de modo particular el peso del testimonio y el peso de la preocupación por toda la comunidad. "He pedido por ti, Pedro, para que tu fe no vacile" (Luc. 22,32), le había dicho Jesús. Le había confiado, además, el encargo de "confirmar a sus hermanos" (Luc. 22,32), y de apacentar su rebaño (Juan 21,16-17).

La unidad de la Iglesia es el signo decisivo para que el mundo puede creer (Juan 17,21). La unidad de la Iglesia tiene necesidad, más que nunca en este tiempo, oscurecido por la desorientación, del ministerio de Pedro. La Humanidad, la Iglesia misma, está como en un compás de confusión, como en un Sábado Santo.

Es simplemente indicio de irresponsabilidad el despreciar o criticar este ministerio, hoy tan difícil, y dejar solo al Papa. Tenemos necesidad de él quizá hoy como nunca la habíamos tenido hasta ahora. Pero también él tiene necesidad de nosotros.

Tenemos necesidad de alguien que, ante la desesperación del mundo, grite que el Señor resucitó, y está vivo, que existe un futuro para cada uno y para el mundo, que la vida del hombre tiene sentido.

Tenemos necesidad de alguien que, ante el poder del hombre grite que el hombre no puede valerse por sí solo, que su poder sólo vale cuando está con Dios, con Jesús, que por ser Dios venció el pecado y la muerte.

Tenemos necesidad de alguien que, ante la división amenazante en la humanidad y hasta en la Iglesia, asegure la presencia del Buen Pastor y lo represente con amor total y mano firme, para asegurar a la Iglesia la Unidad, última inquietud de Jesús antes de ir a la Pasión por ella, y para reunir a los pueblos en una sola familia humana.

Tenemos al Pedro redivivo, tenemos al Papa, tenemos a Pablo VI, Pontífice admirable, admirado por muchos no católicos y no cristianos, pero parece que aún no lo reconocemos, por causa de una miopía característica de

los hijos del siglo, no por cierto hijos de la luz. Y nos primamos de mirar los horizontes luminosos (y no menos pavorosos), que él mira desde su puesto de timonel. ¿Cuántos informan su mentalidad acerca de los problemas modernos del pensamiento, de la moral y de la fe en la mentalidad, las líneas maestras, la solidez de la mentalidad del primer apóstol, del primer testigo, del primer maestro de la fe, del Vicario de Cristo?

Al haber sufrido hoy tanta mengua el sentido de la autoidad, con el consiguiente desorden fundamental, se anhela, en cambio desarrollar la vida en todas sus demostraciones. Ahora bien, la vida verdadera es únicamente la que supera la muerte. El ministerio de Pedro no se puede separar de nuestra fe en la Resurrección. La vida está con aquel que ejercita este ministerio de Pedro, con el Papa. Por tanto, al escuchar al Papa nos afianzamos en la vida de la Iglesia, nos afianzamos a la vida de Cristo.

¿Es esto hablar demasiado duramente, sobre todo para los oídos de nuestros hermanos cristianos no católicos? No. Simplemente es hablar en una disposición leal y fraterna para no quitar nada a la propia fe en nuestro diálogo con ellos. Ciertamente que hemos superado ya los años de la infancia y de la adolescencia en materia de Ecumenismo, es decir, la fase del aprender a conocernos y de la cooperación externa. Ha comenzado la fase de la vida madura, es decir de toda la verdad, la que nos irá conduciendo a la unidad mediante el amor.

Precisamente es el Papa ese signo claro y ese instrumento eficaz de unidad de los cristianos, y de todos los hombres en la verdad revelada y en el amor sincero, porque tiene siempre la última palabra (Roma locuta causa finita) y porque, como nadie, ha entregado su vida minuto por minuto a Cristo y a sus fieles: "Tu scis quia amo te...." Tú sabes que te amo. Y para cuantos han visto a Pablo VI en los últimos años, sin prejuicio ni a favor ni en contra, ha sido la sensación de mirar no ya tanto al maestro de la fe, o al padre de los fieles, sino a una víctima entregada al sacrificio lo que les ha impresionado.

Es hora de rectificar en lo íntimo de la conciencia personal toda desidia, indiferencia y preocupación referente al Papa, reemplazándolas por una adhesión auténticamente católica, ya que no se podrá jamás ser buen cristiano sin ser integralmente católico. Lo que se ha de traducir en un interés vivo por su palabra y su persona a través de sus documentos, discursos admirables y actividades. Y en la oración permanente por quien sostiene ante el mundo sobre sus débiles hombros humanos el peso de la verdadera fe de la Iglesia a él encomendada en especial por Cristo Jesús.

Sumirse en la consideración de los grandes valores revelados es ingresar en el conocimiento y en la realización de los designios salvadores del Señor del mundo y de la historia. Es adquirir y aumentar EL SENTIDO DE DIOS.

Difundir estos valores para vivificar y enriquecer a los hermanos es cumplir la orden de "predicar el Evangelio", es afianzar el Reino por cuyo advenimiento pedimos cada día al invocar al Padre nuestro.

La oración, la cruz, la Eucaristía, el Papa, han de recobrar el puesto que tuvieron en los grandes tiempos cristianos, que fueron los primeros, y los de nuestros antepasados, para apresurar la primavera de la Iglesia, que se acerca a medida que va pasando este invierno.

Y que, a través del curso de nuestra Cuaresma 73, brille más radiante en la noche de Pascua la Resurrección.

† F. FRANCISCO VALDES S.

Obispo de Osorno

IMPRESA Y EDITORIAL ||-----

''SAN FRANCISCO''

-----|| PADRE LAS CASAS

IMPRESO EN CHILE — 1973.